

Fuente: RÁBADE, Sergio. *Método y pensamiento en la modernidad*. Madrid: Narcea, 1981, pp.33-37.

## RECHAZO DEL SABER HISTÓRICO

De nuevo empezamos por Descartes, concretamente por la fórmula de la r.III:

“Respecto de los temas propuestos no hay que buscar lo que otros hayan opinado, o lo que nosotros mismos sospechemos, sino lo que podamos intuir con claridad y evidencia, o deducir con certeza; la ciencia, en efecto, no se adquiere de otra manera” AT,X,366

La idea que nos interesa destacar es que, respecto de los campos de estudio, no ha de ser objeto de nuestra preocupación investigar quid alii senserint, lo que hayan opinado otros, sino lo que nosotros, en la luz de la claridad y evidencia, podamos intuir o deducir.

Que esto es un rechazo del saber que busca su apoyatura en la acumulación, más o menos fiable, de conocimientos que nos ha legado la historia, resulta manifiesto por el comentario de la Regla.

Efectivamente, aunque se comienza reconociendo que la lectura de los libros de los antiguos es, sin duda, beneficiosa, se nos avisa de inmediato sobre el peligro que acecha: contaminarnos de sus errores y de su forma oscura de proceder. Asimismo se corre el peligro de dejarse arrastrar por argumentos de consenso o sufragio universal, cuando la realidad es que, “si se trata de una cuestión difícil, resulta más creíble que su verdad haya podido ser descubierta por pocos que por muchos”

Ni nos convertimos en matemáticos por sabernos de memoria todas las demostraciones que otros han elaborado; ni en “filósofos por habernos leído todos los argumentos de Platón o de Aristóteles, si no somos capaces de formular un juicio estable sobre los temas propuestos: pues de este modo no parecería que hemos estado aprendiendo unas ciencias, sino unas historias”.

Si el pasaje que acabamos de citar resulta bello y expeditivo en orden a sentar la actitud de reserva de Descartes frente al saber histórico, no es, sin embargo, el único.

Así, por ejemplo, en la I parte del Discurso, con resonancias biográficas, el tema se presenta de la siguiente manera:

“Pero creía haber dedicado ya bastante tiempo a las lenguas, e incluso también a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias y a sus fábulas. Porque viene a ser lo mismo conversar con los de otros siglos que viajar” AT,VI,6

Dejando a un lado la crítica al excesivo estudio de las lenguas – herencia de la cultura renacentista- nos encontramos con la sorpresa de la última frase, en la que se desecha este tipo de saber que acarrearía los mismos inconvenientes que el viajar.

¿Qué tiene contra los viajes el viajero Descartes? El mismo nos responde: “Cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, acaba uno convirtiéndose en extranjero en su propio país” II parte.

Y, claro, de la misma manera, si se sucumbe a la curiosidad por las cosas que acaecieron en los siglos pasados, el resultado es permanecer en ignorancia de las que acontecen hoy.

La moraleja es obvia: hay que hacer en este momento el saber que este momento exige, y no se debe buscar en el pasado la norma de este saber.

Por eso, como dirá páginas después, puede estar más cerca de la verdad el razonamiento que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido (bon sens) que el que se obtenga a base de las razones y opiniones probables que se han ido acumulando en los libros IIp.

Lo importante, respecto de una doctrina u opinión, no radica en si la hemos recibido de otros o la hemos inventado nosotros: lo

importante está en que sólo la aceptemos por virtud de una persuasión racional AT,VI,77

La conclusión es que hay que abandonar el saber que podríamos llamar de memoria para instalarse en un saber de la razón. Podríamos decir que ya no procede discutir “sentencias” como había hecho la Edad Media, o examinar textos, como había gustado de hacer el humanismo, sino que hay que aplicar la razón al análisis de los problemas.

Las consecuencias sobre los planteamientos metodológicos no parecen difíciles de inferir. Por referirnos sólo a los métodos de la cultura renacentista, hay que renunciar de una vez a ver el meollo del método en las interpretaciones de y en las polémicas sobre los textos de autores griegos y latinos, porque, en realidad, más que una nueva metodología, ¿no cabría decir que trataban de resucitar la que, más o menos conscientemente, había puesto en práctica los autores objeto de estudio?

A lo más, cabría admitir que los humanistas, con la excepción del núcleo paduano, que es más científico que humanista, habían impulsado el desarrollo de la lógica como “arte” en cuanto método de enseñanza y de aplicación del saber constituido, e incluso el desarrollo de la lógica como “ciencia” en cuanto método de demostración.

Pero, si, como estamos viendo, de lo que se trata ahora no es de enseñar o de demostrar un saber heredado, sino de inventar el que la nueva época exige, hará falta también inventar nuevos métodos.

Y decimos nuevos métodos, porque no va a haber uno solo, como no va a haber tampoco una sola nueva concepción del saber, ya que, en efecto, tan lejos está de la historia Descartes con su saber en y desde la razón, como Bacon con su saber de humilatio mentis ante la naturaleza, por no aludir más que a los dos pioneros más importantes.